

## ¿Generación del 96, del 98 o Modernismo? (Reflexión sobre la invención azoriana)

---

M.<sup>a</sup> PILAR CELMA  
Universidad de Valladolid

A dos años de la celebración del centenario de la llamada *generación del 98*, cuando diversas Universidades y organismos oficiales se disponen a celebrar el evento, y desde el marco incomparable de la revista que lleva el nombre del más importante mito noventayochista, me atrevo a proponer una reflexión sobre la génesis de dicho marbete, auxiliada por el hecho de que antes que “del 98”, Azorín la bautizó como “Generación de 1896”. Anticipar la celebración estos dos años con este recordatorio sobre el origen del término obedece al temor de que el centenario de la fecha emblemática pueda resucitar el enfrentamiento Modernismo/98, que tantos años y esfuerzos ha costado erradicar a la crítica.

Con la certera visión y la justeza expresiva que siempre le caracterizaron, habló Ricardo Gullón<sup>1</sup> de “la invención del 98”; y otros, tras sus pasos, han avanzado desde dicha invención (y sus negativas consecuencias) hasta ver la crítica que se “inventa” el 98 como una “falsificación”<sup>2</sup>. Yo sólo pretendo aquí recordar lo mil veces oído, pero pocas escuchado: lo que estrictamente dice Azorín en su ensayo sobre “La Generación de 1898” y, en todo caso, lo que significativamente calla.

Aunque el término más utilizado en la primera década del siglo para referirse a la “gente joven” es el de *Modernismo*, no faltan los testimonios que uti-

<sup>1</sup> *La invención del 98 y otros ensayos*, Madrid, Gredos, 1969.

<sup>2</sup> Véase especialmente de Javier Blasco, “De oráculos” y de “cenicientas”: la crítica ante el Fin de siglo español”, en R. Cardwell y B. McGuirk (Eds.), *¿Qué es el Modernismo? Nueva encuesta, nuevas lecturas*, Boulder (Colorado), Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1993, pp. 59-86.

lizan el término *generación* para aludir a los nuevos escritores<sup>3</sup>. En 1908, en polémica con Ortega y Gasset en el periódico *Faro*, Gabriel Maura, tratando de delimitar los rasgos definidores de “la generación que ahora llega”, le asigna una serie de características; uno de los sintagmas elegidos es el de “generación nacida intelectualmente a raíz del desastre”. El mismo año, Andrés González Blanco la llama abiertamente “generación del desastre”. Pero es Azorín el que acuña el término que mayor éxito alcanzó, “generación de 1898”, si bien debió de costarle dar con él, pues antes, en 1910, se había referido a ella como “generación de 1896” y dos años después, como “generación de 1897”, en artículos publicados también en *ABC*.

El ensayo titulado “La generación del 98” consta de cuatro partes, que se publicaron sucesivamente en *ABC*, en 1913 y que fueron recogidas en su libro *Clásicos y modernos* ese mismo año. Las tres primeras partes parecen una simple introducción histórica a la parte final, la que encierra las claves del significado y caracterización del grupo generacional; pero no pasemos sobre ellas demasiado deprisa, porque también cumplen su función.

Comienza Azorín constatando un hecho: “De cuando en cuando se produce entre la gente nueva —escritores, artistas, ateneístas, etc.— una protesta, más o menos ruidosa, más o menos trascendente, contra lo que, con excesiva rudeza, se llama los *viejos*”. Azorín, que ya muy lejano de Ahrimán y hasta de Martínez Ruiz, no quiere caer en dicha rudeza, matiza enseguida que no se puede hablar de *los viejos*, sino de *lo viejo* y que tampoco esto puede confundirse con *lo antiguo*.

Lo viejo, en cambio, es lo que no ha tenido nunca consistencia de realidad, o lo que, habiéndola tenido un momento, ha dejado de tenerla para ajarse y carcomerse. Lo viejo son también las prácticas viciosas de nuestra política, las corruptelas administrativas, la incompetencia, el chanchullo, el nepotismo, el caciquismo, la verborrea, el “mañana”, la trapacería parlamentaria, el atraco en forma de discurso grandilocuente [...], todo el denso e irrompible ambiente, en fin, contra el cual ha protestado la generación de 1898, pero cuya protesta ha sido preparada, elaborada, hecha inevitable por la crítica de la generación anterior.

El grito azoriniano de “Somos iconoclastas”<sup>4</sup>, que pretendió definir a toda su generación en 1904, se transforma nueve años después, al historiar aquella protesta, en una rebelión contra “lo viejo”. Tres frases del artículo de 1904 serán suficientes para ver la enorme distancia que media entre las ideas del momento *combativo* y las del momento *historiador*. Si Azorín ahora se esfuerza en distinguir “lo viejo” de “los viejos”, en 1904 había dicho: “viejos y jóve-

<sup>3</sup> Emilia Pardo Bazán, en 1904, habla de “La nueva generación de novelistas y cuentistas en España”, que luego califica de “modernistas” (*Helios*, 12, pp. 257-270); el propio Azorín, ya en 1905, se refiere a “esta generación”, al hablar de sus coetáneos (“Los Maeztu”, *ABC*, 31-X-1905); Martínez Sierra se refiere a “mi generación literaria” en “El madrigal nuevo”, *Renacimiento*, 3 (1907), p. 361. Los testimonios serían interminables.

<sup>4</sup> *Alma Española*, 10 (1904), pp. 15-16.

nes son habitantes de distintos planetas” y refiriéndose a la generación anterior: “veremos que esta generación a quien se defiende, porque nosotros no la admiramos, ha sido una generación de pobres de espíritu –dramaturgos, novelistas, poetas– y que nosotros –y este es el corolario franco y brutal– valemos más, mucho más que ellos”. Si ahora aísla “lo viejo” de lo antiguo y reivindica la actualidad de nuestra literatura clásica, con referencia explícita a Lope, en 1904 había afirmado: “Podemos asegurar que ninguno de los jóvenes del día ha leído a Calderón, a Lope y a Moreto (o, al menos, si los han leído no los volverán a leer; lo juramos); y que no son pocos los que sienten un íntimo desvío hacia Cervantes”<sup>5</sup>.

Las dos partes siguientes del ensayo “La generación de 1898” pretenden *desfacer el entuerto* doble del espíritu iconoclasta de 1904: por una parte, atenuar la protesta contra la generación inmediatamente anterior y, por otra, arraigar el espíritu regenerador en una larga y rica tradición cultural española.

De la generación literaria anterior, Azorín destaca tres nombres: Echegaray, Campoamor y Galdós. El primero –afirma– “ha representado, para la masa, y en los efectos *prácticos* de su dramaturgia, la pasión, el ímpetu, la agresividad y el enardecimiento; el teatro de Echegaray ha sido un grito pasional y una sacudida violenta”. De Campoamor dice que “representa, a su vez, la sorda y dulce crítica de prejuicios, de ideas tradicionales, de sentimientos que parecían definitivos”. Del último afirma: “aparte de lo revolucionarias que puedan ser algunas de las tesis de Galdós (la de *Gloria*, la de *Doña Perfecta*, por ejemplo) lo trascendente está en otra parte [...] Por primera vez, la realidad va a existir para los españoles”. La conclusión del capítulo, mil veces citada, es: “Unid, pues, el grito de pasión de Echegaray al sentimentalismo subversivo de Campoamor y a la visión de realidad de Galdós, y tendréis los factores de un estado de conciencia que había de encarnar en la generación de 1898”.

Si el juicio general de 1913 hacia la generación anterior dista considerablemente del de 1904, no menos sorprendente resulta el particular<sup>6</sup> en el caso de Echegaray. Martínez Ruiz se mostró siempre contrario a su teatro, que calificó de “ilógico y deforme”. Su juicio no puede ser más categórico:

Echegaray no ha nacido para el teatro. Sus arranques de lírica progresista, trasnochada lírica del año sesenta y tantos, que él quiere hacer pasar por la más

<sup>5</sup> Tampoco las afirmaciones de Martínez Ruiz en este artículo deben tomarse al pie de la letra. Cumplen la función de *epatar* a la cultura oficial del momento. De hecho, en el mismo artículo, el autor demuestra al referirse a los clásicos un conocimiento que contradice su afirmación de ignorarlos conscientemente.

<sup>6</sup> Galdós fue autor respetado por los jóvenes del fin de siglo; de hecho, apadrinó dos de sus revistas, *Alma española* (1903-04), uno de cuyos promotores fue Azorín, y *La República de las Letras* (1905). Martínez Ruiz realiza una crítica positiva y apasionada de su teatro en *Anarquistas literarios* (1895), O.C., vol. I, Madrid, Aguilar, 1959, pp. 188-190. Respecto a Campoamor, predominó entre los jóvenes la indiferencia, pero en concreto Martínez Ruiz lo elogió en *Anarquistas literarios*, op. cit., pp. 182-183 y en el Cap. VI de *Charivari, crítica discordante*, Madrid, Imprenta Plaza Dos de Mayo, 1897.

exquisita poesía; su falta de observación atenta y serena, su manera atropellada y anhelante de escribir: todo esto le hace incompatible con el arte dramático<sup>7</sup>.

Por eso, cuando se concede el Premio Nobel al dramaturgo y la cultura oficial se alza en distintos homenajes, Martínez Ruiz se constituye en adalid de la protesta de los jóvenes contra dicha concesión, alegando que el teatro de Echegaray representaba el olvido de la realidad, el estado de espíritu que llevó al desastre<sup>8</sup>.

En la tercera parte del ensayo, Azorín insiste en que la literatura “regeneradora” no surge a raíz del desastre, sino que se inscribe en una larga tradición que hunde sus raíces por lo menos en el siglo XVII. Hitos fundamentales son Saavedra Fajardo, Gracián, Cadalso, Cabarrús, Jovellanos, Larra... Después, analiza los nombres fundamentales de la generación anterior que se inscriben en esa corriente regeneradora, tales como Eugenio Sellés, con *La política de capa y espada* (1876), o Pompeyo Gener, con *Herejías* (1887). Y muy próximos a ellos, ya tras el desastre, Damián Isern, con su obra *De la defensa nacional* (1901). El ambiente de crítica social creado por estos autores, pero también por Echegaray, Campoamor y Galdós, ha *moldeado* la mentalidad de la generación de 1898 y la ha abocado hacia esa misma crítica social.

¿Qué función cumplen, pues, las tres primeras partes del ensayo, que parecen ser sólo una presentación, para la caracterización que va a seguir, de la “generación de 1898”? Fundamentalmente, permiten arraigar dicha generación en la tradición más genuina española –a pesar de la confesión inicial de “protesta” contra “los viejos” o, ya matizada, contra “lo viejo”– y en una tradición que se define por la “crítica social”, quedando de esta forma la protesta del 98 sancionada. Azorín, desde el principio, hace una lectura positiva, en tono indulgente, de una de las características que en los años iniciales del siglo fueron más denostadas por la crítica antimodernista: la rebeldía contra la tradición precedente.

Es en la cuarta parte del ensayo en la que Azorín entra de lleno en la caracterización de la “generación de 1898” y en su significado en el panorama literario en que surge. Analicemos sus principales afirmaciones:

1. Define la “generación de 1898” como un “renacimiento”. La denominación no es original, si tenemos en cuenta que éste era un término usual entre los modernistas para caracterizar su propio significado dentro del panorama literario del momento. Así se llama, por ejemplo, la revista literaria que el propio Díaz Plaja considera como representativa del “modernismo triunfante”: *Renacimiento* (1907).

2. A continuación Azorín explica qué se entiende por *renacimiento*: es “la fecundación del pensamiento nacional por el pensamiento extranjero”. Aquí, ante el temor de que a florara la acusación que pareció su generación de cos-

<sup>7</sup> *Op. cit.*, p. 187.

<sup>8</sup> Para conocer esta polémica, véase el comentario de Eduardo Gómez de Baquero, “Crónica literaria: el homenaje a Echegaray”, *La España Moderna*, 195 (1905), pp. 162-172.

mopolitismo –e incluso, de galicismo–, Azorín afirma que “no se trata de imitaciones o rapsodias”, sino de concienciación y estímulo, porque “la vida intelectual de un pueblo necesita una excitación extraña que la fecunde”. Azorín apoya su afirmación repasando los momentos de máxima vitalidad en nuestra historia literaria, que coinciden siempre con períodos de comunión de ideas con pensadores y escritores de otros países: la influencia de Italia en el Renacimiento y Barroco; la de Francia, en el siglo XVIII y luego en el Romanticismo.

3. La nómina que Azorín ofrece –la ausencia de conjunción copulativa cerrando la enumeración indica que no pretende ser exhaustiva– es sumamente clarificadora: “Hombres de la generación de 1898 son Valle-Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu, Rubén Darío”. De dicha nómina es fácil deducir que Azorín en absoluto está oponiendo Generación del 98 y Modernismo. Él incluye en el grupo a los autores más representativos de la generación que a principios de siglo se impuso la tarea de la renovación literaria que el agotamiento del Realismo imponía. Lo que hace Azorín es, en todo caso, dar un nombre diferenciador para el modernismo español, siguiendo la moda de las generaciones que entonces se estaba aplicando.

4. Azorín especifica las influencias concretas en los distintos representantes de la generación (Ibsen, Poe, Balzac, Ruskin...) y, por encima de las influencias particulares, destaca sobre toda la generación las de Nietzsche –considerado un rebelde, un anarquista–, Teófilo Gautier, que ayudó “a ver el paisaje de España” y de Verlaine, cuya influencia “determinó la tendencia actual de la lírica”. Sabido es que éste es uno de los puntos más conflictivos del ensayo y que con mayor celeridad tuvo contestación<sup>9</sup>. En cualquier caso, puede verse, en el testimonio de Azorín, que el cosmopolitismo al que alude no se reduce al tan denostado “galicismo”, sino que se trata de una “comunión” de espíritus que parece alcanzar a todo el mundo cultural de Occidente.

5. Vuelve a insistir en la intención que subyacía en el grupo: “un espíritu de protesta, de rebeldía, animaba a la generación de 1898”. Además de la matización que ha hecho en la primera parte del ensayo, hay que destacar que junto a la labor de *minado* de los “valores tradicionales” por parte de Maeztu y del “hondo espíritu de disociación” de Baroja, coloca, en el mismo plano de rebeldía, el decadentismo de Valle-Inclán, con sus “figuras sugeridas por el Renacimiento italiano” y “los jardines en que hay estanques con aguas verdosas y dormidas”. Azorín recuerda la inquietud producida en la generación anterior, poniendo como ejemplo el discurso de ingreso en la Real Academia de José María Pereda, en el que arremetía contra los *modernistas* (este es el término empleado por Pereda y que Azorín parece asumir aquí como referido a su generación).

<sup>9</sup> Maeztu se apresuró a contestar con el artículo “El alma de 1898” y niega, tanto que el influjo de la cultura europea fuera privativo de esta generación como las influencias particulares. Véase de Luis S. Granjel, *La generación literaria del 98*, Madrid, Anaya, 1971.

6. Por fin afronta Azorín la verdadera caracterización de la generación en el último párrafo del ensayo, con una enumeración precipitada, pero sumamente significativa:

- "La generación de 1898 ama los viejos pueblos y el paisaje"
- "da aire al fervor por el Greco"
- "rehabilita a Góngora"
- "se declara romántica"
- "admira a Larra", ante cuya tumba lee un discurso y "deposita un ramo de violetas"
- "se esfuerza, en fin, en acercarse a la realidad y desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con el objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad".

Desde luego estas características sólo se entienden referidas al conjunto de la literatura del Fin de siglo: ¿cómo imaginar a Unamuno declarándose *romántico*, rehabilitando a Góngora<sup>10</sup> o con un ramito de violetas (flor decadentista por excelencia) en su mano?... Y desde luego, la "musicalidad" de su poesía poco sugiere la influencia de Verlaine.

En suma, creo que queda suficientemente claro que Azorín acuña un término para definir a la generación que inicia su andadura literaria en los años en torno al cambio de siglo, pero que en absoluto trata de oponer dos grupos distintos de escritores. Todos están definidos por un mismo "espíritu de protesta, de rebeldía": Benavente, junto a Baroja; Valle-Inclán junto a Maeztu; o Rubén Darío, junto a Unamuno. De hecho, cuando en 1945 y tras el enfrentamiento que la crítica estaba llevando a cabo (y todavía Díaz Plaja no había publicado su obra *Modernismo frente a 98*), Azorín revisa el término por él acuñado, vuelve a insistir en que en la generación del 98 caben todos.

¿Cómo, entonces, pudo derivarse de su ensayo la distinción entre Modernismo y Generación del 98? Azorín no sugiere ninguna separación ni diferencia y, sin embargo, él mismo está sentando unas bases que la crítica posterior aprovechará, ¿cómo? En primer lugar, al acuñar un nombre nuevo y apropiarse de unas ciertas características, deja "vacío" de sentido ideológico el término anterior, "Modernismo", que a partir de entonces se verá "rellenado" por la crítica posterior con los desechos del 98.

En segundo lugar, Azorín, muy sutilmente, está suavizando el verdadero alcance de la protesta modernista y seleccionando las características menos disonantes con la generación que ya aflora, la del 14. Recordemos cómo su ensayo comienza y acaba matizando la rebeldía hacia "lo viejo" y resaltando cuantísimo debe su generación a la tradición precedente y muy en especial a

<sup>10</sup> En 1903, en el número 3 de la revista *Helios*, se inauguró una sección abierta para recoger las opiniones sobre el poeta cordobés. En general fue muy elogiado (el propio Azorín destaca su capacidad de sugerencia), pero sobre los elogios se alzó la voz discordante de Unamuno, que dijo no haberlo entendido y pensar que no merecía la pena la tarea de intentarlo.

Echegaray, Campoamor y Galdós. Este olvido del espíritu iconoclasta que dominó en los primeros años del siglo nos da una clave de lo que está pasando: insisto, aunque Azorín no osa excluir en su nómina a ninguno de los que representaron la “juventud del 98”, el hecho es que está “suavizando” el verdadero alcance de su protesta y está seleccionando las características menos *demoledoras* para la sociedad en la que ya se ha integrado. Lo mismo que hace Azorín, lo hace Manuel Machado en *La guerra literaria*, publicada también en 1913. Como ya he tenido ocasión de estudiar en otro lugar<sup>11</sup>, en el ensayo que da título a este libro, una conferencia leída en el Ateneo, observamos esa misma “suavización” de posturas, descargando el modernismo de su componente más revolucionario. En realidad, esta integración en el “establishment” había sido ya pronosticada por Unamuno<sup>12</sup> en 1907.

A partir de 1913, presumiblemente siguiendo la vía abierta por Azorín, cada paso que se dé hacia la afirmación del 98, resultará ser un paso contra el modernismo. Pero será a partir de la guerra civil, cuando el enfrentamiento se consume. La ideología oficial del poder establecido, necesitará “mitos” literarios en los que asentar su amor patrio. Les sirve el mito castellanista, pero no el “*tedium vitae*” o la estética de la decadencia. Y así, para no tener que justificar esa síntesis, se dividirá el unitario “espíritu de protesta” en dos tendencias opuestas. En 1951, Guillermo Díaz Plaja publica *Modernismo frente a 98*, obra en la que lleva dicha oposición a extremos ofensivos. Los caracteres representativos de uno y otra son la superficialidad frente a la profundidad; el estetismo frente al compromiso; la femineidad frente a la virilidad. Y así convierte a unos en femeninas cenicientas con voz prestada y a los otros en viriles oráculos con voz propia:

La problemática del Noventayocho, de índole extraestética, sigue vigente y sus escritores mantienen su alto papel de oráculos; mientras que el Modernismo, actitud meramente estética, ha dejado de tener —por imperativo de los cambios del gusto literario— una presencia real en las letras hispánicas y ha pasado a ser para la crítica de hoy la cenicienta de este período<sup>13</sup>.

Creo que, más que “por imperativo de los cambios del gusto literario”, se trataba más bien de imperativos ideológicos. Pero, en cualquier caso, hoy han cambiado tanto los gustos como las circunstancias y lo que menos nos interesa son las voces de los oráculos (por otra parte también “profecía fallida”).

<sup>11</sup> M. Pilar Celma y Javier Blasco, “Introducción” a Manuel Machado, *La guerra literaria*, Madrid, Narcea, 1981.

<sup>12</sup> “Me parecen [los modernistas], en general, falsos. No creo en su alegría, no creo en su tristeza, no creo en su escepticismo, no creo en su fe, no creo en sus pecados ni en sus arrepentimientos, no creo en su sensualidad. Todo ello ha sido hasta asentarse. Al frisar en los treinta y cinco han ido dejando sus posturas respectivas para mostrarse como buenas personas calculadoras y serias”, “El modernismo”, *El Nuevo Mercurio*, 5 (1907), pp. 505-506.

<sup>13</sup> Madrid, Espasa-Calpe, 1979 (e ed.), p. XIX.

El ensayo de Azorín titulado “La generación de 1898” habla y calla. Pero sus silencios, como sus palabras, están también cargados de sugerencias, como corresponde a un autor que domina el poder evocador del lenguaje, aprendido en el simbolismo. Rindamos homenaje a la “generación del 98” en su centenario, pero que ello no signifique reducir su contexto, su significado y su nómina, porque entonces toda ella quedará empequeñecida.